

en dispersion el grueso de las fuerzas mexicanas, valiéndose de sus propios cañones para hacer fuego sobre ellas cuando huían. La brigada de Shield, por su parte, se apoderaba de la batería con que hubieran podido proteger su retirada los mexicanos, impidiendo así que se rehicieran.

Los americanos tuvieron sesenta y cuatro muertos y trescientos cincuenta y tres heridos; las pérdidas de los contrarios no se supieron nunca; pero nuestros compatriotas cogieron tres mil prisioneros entre los cuales se contaban cuatro ó cinco generales y otros tantos abanderados, habiéndose apoderado asimismo de cuarenta y tres cañones. El mismo Santa Ana pudo escaparse con dificultad y llegar á Orizaba, donde se ocupó con la mayor actividad en reunir fuerzas suficientes para oponerse á la marcha de Scott hácia la capital.

Conseguida aquella victoria, el ejército siguió avanzando sobre Jalapa y Perote, que se entregaron sin disparar un tiro; en Amazoque atacó Santa Ana á los americanos mas sin conseguir resultado alguno, y el 22 de mayo se apoderó de Puebla el general Worth en tanto que las tropas mexicanas se retiraban á la capital. Esta continuada **1847.** derrota, despues del desastre de Cerro-Gordo encendió de nuevo en México la llama de la revolucion, y las diversas facciones que se agitaban en aquel desgraciado pais solo podian convenir en un punto, es decir, en que era preciso resistir á los invasores hasta el último trance, y en que no seria posible la paz mientras permaneciese el enemigo en el territorio mexicano.

El cuartel general del ejército se estableció luego en Puebla, donde permaneció Scott hasta primeros de agosto, tanto para reunir todas sus tropas como porque el Gobierno americano habia renovado con el de Mé-

xico las negociaciones tan pronto como se tuvo noticia en Washington de la victoria de Cerro-Gordo. Esta detencion, sin embargo, perjudicó en gran manera á la moral y á la salud del ejército, pues los hospitales se llenaron de enfermos de tal modo que llegó á figurar como baja la cuarta parte del ejército, y las deserciones fueron muchas mas frecuentes y numerosas que en ninguna otra ocasion. No entraremos en los pormenores de las diferencias que se suscitaron entre el general en jefe y el Gobierno de Washington con motivo de haberse propuesto reemplazar á Scott con un teniente general; ni es necesario tampoco hablar aquí de la mision de Mr. N. P. Trist á quien nombró el Presidente comisionado con plenos poderes para negociar la paz con México; los historiadores de la guerra, Ripley, Mansfield y otros, suministran cuantos detalles pueda apetecer el lector.

Reforzado al fin convenientemente, aun cuando quedaban ochocientos hombres en los hospitales, el general Scott emprendió la marcha en 7 de agosto con direccion á la capital de México, y á los cuatro dias llegaron las primeras avanzadas á Ayotla, pueblo situado á quince millas de la ciudad de los Motezumás. Reconociéndose luego, sin embargo, que por aquel camino era México inaccesible, se abrió otro al Sur del que conducia á Veracruz, y entre el 15 y el 18, dejando atrás los lagos Chalco y Xochimilco, el ejército llegó á San Agustin, situado en el camino de Acapulco y distante solo ocho millas del punto, objeto de aquel largo viaje. Nada podria probar mejor la desmoralizacion y abandono de aquel Gobierno, que el hecho de haber visto que solo once mil hombres de nuestras tropas avanzaban por un pais tan favorable para el sistema de guerrillas, sin que hubieran bastado los es-

fuerzos de los mexicanos para oponerse á la marcha de nuestro ejército.

Como era de suponer, los mexicanos no perdonaron esfuerzo alguno para defender su capital. En todos los caminos cercanos se levantaron baterías y fortificaciones, y la ciudad estaba materialmente circunvalada por los atrincheramientos. El enemigo no contaba sin embargo con suficiente artillería, ni disponia tampoco de mas de veinte mil hombres, si bien es cierto que aun le quedaba el recurso de aprovechar los servicios de otros diez mil de la milicia. De todos modos, debe convenirse (segun lo confesó el mismo Santa Ana despues de haber perdido la batalla) que los planes del jefe mexicano estaban mejor combinados que otras veces, pues su designio era retroceder ante Scott, á fin de atraerle al terreno donde mejor le convenia dar la batalla, para dominar con el número de sus tropas al reducido ejército de los invasores. El no haber cumplido el general Valencia con las órdenes que se le dieron, desconcertó completamente el plan del enemigo. Este oficial, que ansiaba sin duda ser el primero en atacar á las tropas americanas, olvidando del todo sus deberes como subordinado, sin tener en cuenta las consecuencias de su imprudencia, dejó su posicion de Coyoacan en Santo Angel, y avanzó hasta Contreras, por otro nombre Padierna, en cuyas alturas se atrincheró sin recibir orden alguna de Santa Ana, y hasta sin consultarle antes de efectuar el movimiento. De este modo debilitó las fuerzas que debian impedir el paso á Scott, y además no pudo oponerse á la marcha de aquel á causa de la naturaleza del terreno.

Habiase considerado sin embargo mas conveniente disponer de las fuerzas de Valencia, y por lo tanto, Worth, marchó con Harney y su caballería para amenazar á San

Antonio, mientras la division de Pillow, compuesta de las brigadas de Pierce y Cadwalader se dirigia contra Contreras, atravesando el Pedregal, sendero casi impracticable, donde habia abierto un camino la division de Twigg.

En la tarde del 19 de agosto llegaron estas dos divisiones hasta dar vista á los cañones de Valencia, á cuyo fuego contestaron las pequeñas baterías de montaña de Magruder y Callender, en tanto que nuestras tropas se estendian hácia la derecha de tal modo que apoyadas por la infantería de Morgan y los voluntarios de Shields, que acababan de llegar como refuerzo, pudieron apoderarse de la *rancheria* conocida con el nombre de Ansaldo, amenazando así interceptar las comunicaciones de Valencia. Terminado el breve combate que tuvo lugar, y que se suspendió principalmente á causa de la oscuridad y de la lluvia, el general Persifer F. Smith propuso un plan para atacar la posicion de Valencia, y Lee, capitán de ingenieros, marchó inmediatamente arrostrando el agua, que entonces caia á torrentes, para consultar con el general Scott, quien aprobó desde luego el proyecto. A eso de las tres de la madrugada del 20 de agosto, la brigada de Riley, seguida de las de Cadwallader y Smith, se puso en marcha silenciosamente, y al salir el sol llegó á una eminencia situada á espaldas de la posicion que ocupaban los mexicanos, desde donde pudieron atacar con tal ventaja al enemigo, que á los diez y siete minutos se apoderaron de los atrincheramientos. Scott, habia dispuesto que la division Twigg atacase las obras del centro, y mientras se hacia así, la brigada de Smith derrotaba á un cuerpo de la caballería mexicana, en tanto que Shields, no solo tenia en jaque á las demás fuerzas, sino que cogia una porcion de prisioneros. En esta brillante

accion solo tomaron parte cuatro mil quinientos americanos; el enemigo contaba con seis mil hombres, y es de advertir que á pesar de hallarse Santa Ana muy cerca con doble número, no pareció dispuesto á tomar parte en la refriega.

Ni fué esta decisiva victoria el único hecho de armas de aquel dia. Mientras las divisiones de que hemos hablado, peleaban en la izquierda, el general Worth, merced á un hábil y atrevido movimiento, consiguió forzar la posicion que ocupaba el enemigo en San Antonio, avanzando luego sobre otra fortificacion situada á la cabeza del puente de Cherubusco, hácia donde se dirigian tambien las demás divisiones procedentes de Contreras. Pierce y Shields cruzaron el rio por un puente que habia á la izquierda, y cayeron sobre las tropas de Santa Ana; Twiggs atacó y tomó las fortificaciones que habia al rededor de la iglesia de San Pablo, y las tropas de Worth y Pillow secundaron el movimiento. En todos los puntos se batian las tropas con inusitada furia, pero una vez mas quedó demostrado que las tropas mexicanas no podian luchar con ventaja contra los soldados de la Union; nuestros compatriotas triunfaron en todos los puntos y los intrépidos dragones fueron picando la retaguardia al enemigo hasta las mismas puertas de la ciudad.

No tenemos suficientes datos para apreciar con exactitud las pérdidas de los mexicanos en aquellos sangrientos combates, pero debieron ser muy considerables, pues baste decir que se cogieron mil seiscientos prisioneros entre los que se contaban tres generales, y asimismo se apoderaron nuestras tropas de siete piezas de artillería, una gran cantidad de municiones y unos mil caballos ó mulas. En las batallas del 19 y 20 de agosto tuvo el general Scott ciento treinta y

tres muertos y ochocientos sesenta y cinco heridos, mas debe advertirse que aquellos combates fueron los mas sangrientos á la par que los mas decisivos.

Obtenido este resultado, todo parecia favorable para entablar negociaciones de paz en términos aceptables para los Estados-Unidos. El general Scott permaneció en su cuartel general de Tacubaya, distante solo tres millas de México, y arregló un armisticio á fin de dar tiempo á que se celebrase un tratado, dejando entrever la alternativa de un próximo asalto, que ninguno dudaba obtuviese buen éxito. El general americano deseaba tambien dar algun descanso á sus tropas fatigadas á consecuencia de una marcha penosa y de repetidos combates, y por espacio de algunos dias, despues del 24 de agosto, los comisionados nombrados por ambas partes hicieron lo posible por conciliar las cosas de modo que se pudiera celebrar un tratado. Sin embargo, prescindiendo de que Scott estaba resuelto á obtener todo cuanto esperaba su pais, los mexicanos no sabian cómo proceder, pues no solo era su deseo que no apareciese que se habian sometido, sino que, divididos entre sí por sus opiniones y sus ideas, no podian convenir en una línea de política que satisficiera el objeto. Mr. Trist, cuyas enojosas diferencias con el general Scott parecian olvidadas, trató de cumplir con las instrucciones de su Gobierno, mas el resultado demostró que no se podia confiar en Santa Ana ni conocer sus propósitos, y en resumen diremos, que fracasaron todos los esfuerzos hechos para celebrar la paz satisfactoriamente. El general mexicano queria sin duda probar suerte una vez mas en una decisiva batalla con los victoriosos invasores.

Parece que el general Santa Ana se habia ocupado con la mayor actividad durante el

armisticio en aumentar sus fortificaciones, á pesar de haber estipulado no hacerlo así, y además se supo que se habian fundido varias campanas de las iglesias para hacer cañones, reuniendo luego los restos dispersos del ejército con objeto de presentar otra vez la batalla. Entre tanto el general Scott no permaneció ocioso: habiase ocupado en organizar perfectamente sus tropas, utilizó la artillería cogida al enemigo y aumentó sus municiones de guerra, ya muy exhaustas, sin cuidarse no obstante de fortificar su posicion, puesto que su objeto, dado el caso de no negociarse la paz, era ponerse desde luego en marcha para atacar al enemigo.

Como habian pasado ya dos semanas sin que hubiera probabilidades de celebrar un tratado, el general Scott notificó á Santa Ana en 6 de setiembre que no ignoraba habia infringido las condiciones del armisticio, y que esperaba una esplicacion antes de las doce del dia siguiente, pues de lo contrario declararia terminada la suspension de armas, á fin de continuar las hostilidades. Por 1847. la contestacion, que se recibió el dia 7, aceptábase la última alternativa, y se anunciaba que el jefe mexicano queria probar fortuna una vez mas. Antes de llegar la noche, Scott habia trazado ya su plan de ataque.

Habiendo averiguado que la parte occidental de la ciudad parecia menos fortificada que la del Sur, Scott resolvió dirigir por aquel punto su ataque, pero en aquella línea, hallábanse tres posiciones; el Molino del Rey, la Casa Mata y Chapultepec. El primero era una especie de castillo situado en una altura, y que en circunstancias ordinarias hubiera exigido un sitio en regla para tomarlo, pero conociendo el valor de su gente, y la insuficiencia del enemigo, Scott resolvió apoderarse de aquella posicion por asalto y dió sus órdenes al efecto.

A eso de las cuatro de la madrugada del 8 de setiembre la division del general Worth se situó convenientemente en los puntos designados, y tan pronto como amaneció, Hu-guer mandó romper el fuego sobre el molino con sus cuarenta y cuatro cañones, á fin de apoderarse de una batería avanzada del enemigo, empresa que llevó á cabo el mayor Wright con tal arrojo é intrepidez, que á pesar del terrible fuego dirigido contra la columna de ataque, á pesar de que los mexicanos se batian con el furor de la desesperacion, y aunque de los catorce oficiales americanos, cayeron once en el campo de batalla, se tomó el Molino, y los cañones que alli se hallaban sirvieron para hacer fuego á los fugitivos, que atropellados y en el mayor desórden se refugiaron en los otros fuertes. Entre tanto, la brigada de Garland, sostenida por la artillería de Drum, atacaba la izquierda del enemigo, situada cerca del Molino, y despues de un obstinado combate le obligó á dejar su posicion á la vista misma de los cañones de Chapultepec. La artillería americana se apostó luego junto al Molino y causó grandes destrozos al enemigo.

Mientras se atacaba de este modo el centro y el ala izquierda de los mexicanos, la batería de Duncan hacia fuego sobre la derecha, y el coronel M'Intosh recibió órden de atacar aquel punto. La Casa Mata, sin embargo, era un edificio de piedra rodeado de bastiones, fosos profundos y atrincheramientos, desde donde hicieron los mexicanos un fuego mortífero sobre nuestras tropas hasta que estas llegaron al parapeto que rodeaba la ciudadela. Una vez en aquel sitio, y á fin de evitar el fuego de los cañones, tuvieron que retirarse á la izquierda de la artillería de Duncan, donde acabó de formarse la columna para volver al asalto.

La caballería mexicana intentó un ataque

contra el ala izquierda de los americanos, pero fué rechazada por la artillería y por los dragones, mientras que las demás tropas, conducidas por el mayor Buchanan y el capitán M'Kenzie, por una parte y los capitanes Anderson y Ayres por otra, acababan de desalojar al enemigo del Molino del Rey. Entonces se llevaron todos los cañones á Casa Mata, que evacuaron muy pronto los mexicanos, no pudiendo resistir el fuego destructor de nuestras tropas. Los jefes enemigos intentaron dos veces reunir á sus soldados á fin de recobrar las posiciones perdidas, mas hubieron de retroceder ante nuestra artillería, y á las nueve de la mañana ya se habia acabado la batalla.

El general Scott no creyó conveniente continuar la victoria persiguiendo al enemigo, aun cuando Worth le rogó que se le permitiese, y habiéndose volado la Casa Mata, volvieron las tropas á Tacubaya á fin de prepararse para la batalla del dia siguiente. Las fuerzas americanas que tomaron parte en aquella sangrienta refriega no escedian de tres mil cuatrocientos cincuenta hombres, mientras que los mexicanos contaban lo menos con diez mil, y se hallaban protegidos por imponentes fortificaciones. Nuestras pérdidas, entre muertos y heridos, fueron muy considerables, pues hubo cerca de ochocientas bajas, incluso cincuenta y nueve oficiales; las de los mexicanos no se pudieron averiguar, pero debieron ser tambien numerosas, y únicamente se supo que habian muerto dos generales.

De esta batalla no debian esperarse grandes resultados, y por lo tanto el general Scott hizo con la mayor actividad sus preparativos en el momento mas oportuno. Durante la noche del 11 y todo el dia siguiente se levantaron tres baterías; el general Pillow, tomó de nuevo posesion del Molino del

Rey, y el dia doce comenzó el bombardeo de la fortaleza de Chapultepec mientras se dirigia un ataque simulado contra las *garitas* de San Antonio y Niño Perdido. En la mañana del 13, tomadas ya todas las medidas necesarias entre el general en jefe y sus oficiales, se prosiguió el bombardeo con mas vigor que antes, hasta que á eso de las ocho, cesó repentinamente el fuego de las baterías, debiéndose esto á que la division de Pillow, abandonando su posicion y despues de vencer la resistencia que ofrecia el enemigo en sus obras avanzadas, subió rápidamente la colina en cuya cima se elevaba Chapultepec, mandó aplicar las escalas á la fortaleza, y penetró por último en las fortificaciones arrollándolo todo á su paso. Quitman, Shields y Smith avanzaron al mismo tiempo por la parte sudeste de la colina, y aun cuando tuvieron que vencer algunas dificultades y les molestaba mucho el fuego del enemigo, llegaron á la fortaleza á tiempo para ayudar á tomarla. Chapultepec se vió asaltada por todos los puntos á la vez; los oficiales encargados de pegar fuego á las minas, fueron muertos antes de que pudieran aplicar la mecha, y aunque la guarnicion se defendió obstinadamente, luchando cuerpo á cuerpo con sus enemigos, todo fué inútil, y los que sobrevivieron, incluso su jefe el general Bravo, quedaron prisioneros.

Mientras proseguia el combate alrededor de Chapultepec, el general Worth avanzó por el acueducto de San Cosme en direccion á México, y el general Quitman, por su parte, despues de la toma de la fortaleza, se dirigió hácia la *garita* de Belen, ahuyentando á su paso á los fugitivos. El nutrido fuego que se hacia desde las casas y calles de San Cosme detuvo la marcha de Worth, pero llegada la noche se apoderó del pueblo, en tanto que Quitman se posesionaba de la

garita á pesar de la resistencia que se le opuso, situándose luego bajo los mismos cañones de la ciudadela.

El resultado final no era ya dudoso, y por lo tanto, Santa Ana y sus oficiales se reunieron en consejo para acordar lo que convenia hacer en aquel estado de cosas. Lo mas urgente era retirarse al momento, y convencido de ello, el general mexicano puso en libertad á todos los criminales que habia en las cárceles, con el objeto de molestar mas al enemigo, y marchó por el camino de Guadalupe Hidalgo. Esta retirada, segun dice Mr. Meyer, tuvo lugar á media noche, y poco despues se presentó al general Scott una diputacion del Ayuntamiento para anunciarle que el Gobierno federal y las tropas habian huido de la capital, y que por lo tanto se esperaba que el general americano concederia una capitulacion en favor de los ciudadanos y de las autoridades municipales. Scott rehusó acceder á la peticion, y habiendo contestado que no admitia otras condiciones sino las que él impusiera, dió orden de avanzar á Quitman y Worth, previniéndoles que ocuparan los principales puntos de la ciudad y se resguardasen de una traicion. En su consecuencia, Worth fué á situarse en la Alameda; Quitman adelantó hasta la gran Plaza, enarbolando luego el pabellon americano en el palacio nacional, y á las nueve de la mañana del 14 de setiembre, el general en jefe, rodeado de su brillante estado mayor, pasó por delante de la gran catedral y del palacio entre las aclamaciones de entusiasmo de su valeroso ejército, cuya prudencia é intrepidez habia asegurado el triunfo de las armas americanas.

En estos últimos y decisivos combates resultaron ciento treinta muertos y setecientos heridos, pero los mexicanos quedaban der-

rotados completamente. El ejército del general Scott, que ascendia á once mil hombres cuando salió de Puebla, quedaba ya reducido á poco mas de la mitad á consecuencia de los combates, de las enfermedades, de las deserciones y de haber sido necesario guarnecer algunos puntos; pero los mexicanos en cambio, habian perdido mas de siete mil hombres, sin contar cuatro mil prisioneros que se hallaban en poder del vencedor. Nuestras tropas se apoderaron tambien de mas de veinte banderas y estandartes, setenta y cinco cañones, veinte mil fusiles y una considerable cantidad de municiones de guerra.

Con esta última y gloriosa victoria quedaba virtualmente concluida la guerra con México, aun cuando hubo algunas otras escaramuzas en diversos puntos. Ya hemos dicho que antes de marcharse, habia puesto Santa Ana en libertad á todos los presos de las cárceles, los cuales se entregaron por espacio de dos ó tres dias al robo y al asesinato. Cuando nuestras tropas abandonaron la gran plaza para alojarse en las casas de la ciudad, aquellos bribones tuvieron la osadía de hacer fuego á los americanos desde los tejados de las casas y desde las ventanas, pero la parte sensata de los habitantes prestó voluntariamente sus auxilios á Scott á fin de reprimir aquella insurreccion de asesinos, mas temible para el pueblo que para los americanos, y así pudieron adoptarse tan enérgicas medidas al publicar la ley marcial, que al momento se ahuyentó á los bandidos. El general Quitman fué nombrado luego gobernador de la ciudad, y bajo su administracion se vió aquella mas pacífica y segura que lo habia estado hacia muchos años. La contribucion que se impuso no escedió de ciento cincuenta mil duros, cuya cantidad se invirtió en su mayor parte en la compra de mantas y zapatos para la tro-